

Es el suyo un camino iniciático, pues todo lo empieza. La política, el sexo, la voluntad de poder, el asesinato del padre, la construcción del grupo afín y la desilusión de su pérdida, el estremo y fracaso de la pareja y el atisbo de soluciones no exclusivas: aquellas comunes, dignamente zen y drogadictas, y su triste, vacía disolución. Es toda una sociedad que larga a sus adalides, tan jóvenes, al despertar de tan largo sueño. Y, claro, es un despertar doloroso y terrible, donde las contradicciones de los hombres se ven exasperadas por la particularísima, impudicamente nombrada, realidad española. La degradación, la búsqueda degradada de un modo de ser, de una conciencia transformadora del mundo, va siendo cada vez más delirio castrante y autodestructor. Violencia sin entusiasmo y masoquista ensoñación. Locura y muerte.

Con *Luz de la memoria* se revela la novelista que hay en Lourdes Ortiz. Con un lenguaje vivo y espontáneo —y sus amigos reconocemos esos giros personales y de grupo, esa construcción de las frases y la atrevida entrada en los diálogos— ha sido no renunciar a la labor arquitectural necesaria para contar su historia. Casi sin que nos demos cuenta, una estructura temporal complejísima ha enlazado distintos niveles de realidad, y ha contado una sola historia exterior al monólogo interior, del narrador contando al protagonista soñando, del recuerdo a la pesadilla. Las alusiones culturales, permanentes, son referencias al mundo literario en que voluntariamente se inscribe, y, por detrás de la sordidez de la historia narrada, hay ese no prescindir del regusto esteta, de la belleza equilibrada y casi clásica. A veces, la prosa se barroquiza inexcusablemente. Siempre el lenguaje se pliega a la intención. Así, cuando reproduce la nológica de la alucinación o el baluceo de las acusaciones paternas, apenas subconscientes remordimientos tras la buena conciencia de los principios de catecismo. Como lo que le interesa es la narración interior, la novela fluye casi siempre en las personas verbales del pensamiento, en la primera y la segunda, ese tú que es simple distancia de uno mismo, que piensa para adentro. Y como los niveles de realidad y la confluencia de los tiempos lo exigen, los tiempos verbales cambian y juegan, lenguaje del pensamiento y pistas para el lector.

Hay que decir que en esta historia de desesperación y suicidio el narrador toma partido. Este es un cuento lúcido y moral, que cuenta algo que nos incumbe. Y que incumbe al novelista. Parece como si Lourdes Ortiz, que muestra simpatía y cariño por ese chico en destrucción, aprovecharse además para afirmar esa cuerda sensible, esa misma desgracia que convierte la vida de Enrique, su soledad y su muerte, en un camino legítimo, tal vez el único posible, el que aspira de algún modo a vivir a tumba abierta, a apurar los posos del cáliz. Heroísmo y degradación a un tiempo, esta sociedad estúpidamente salvaje en que todo esto, incluida la escritura, ocurre. Imparable el recuerdo de Allen Ginsberg: "He visto las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, hambrientas, histéricas, desnudas...". ■ ROSA MARIA PEREDA.

Los consejos de fábrica: una frustración

"Los sindicatos habían sido destruidos durante la guerra. La revolución les dio la posibilidad de reconstituirse, pero este apresurado trabajo de organización no les permitió prestar mucha atención a la vida que bullía en las fábricas. Los comités de fábrica se encontraron en el centro de esa ebullición..." (1).

Comités o consejos de fábrica: he ahí la gran creación revolucionaria del proletariado ruso en 1917. Continuadores de la Comuna francesa, a la que se asimilan por su doble carácter industrial y espontáneo, los comités tuvieron también corta vida. Acababan aplastados por el aparato del nuevo Estado soviético, una vez consumada la revolución de octubre.

No obstante, en torno a aquel experimento de democracia obrera directa iba a originarse en Europa un fructífero y múltiple debate, cuyos ecos, largo tiempo apagados, vuelven a resonar ahora.

Una de las polémicas más apasionantes a que dieron lugar los consejos obreros fue la prota-

gonizada en Italia por dos publicaciones teóricas de izquierda: "L'Ordine Nuovo", con Antonio Gramsci a la cabeza, y frente a ella, "Il Soviet", de Nápoles, animada por Amadeo Bordiga.

De aquel debate publica ahora la Editorial Anagrama una selección de extractos (2) que nos permiten enjuiciar con la perspectiva que da el tiempo las posturas encontradas de ambos teóricos en relación con un tema que hoy sabemos crucial.

Aunque uno y otro se inspirasen en el modelo de los consejos surgidos en Rusia en 1905 primero, pero sobre todo a partir de 1917, las diferencias de enfoque son radicales. Así, mientras Gramsci no pierde de vista en ningún momento las circunstancias especiales que concurren en el caso italiano y de modo concreto en el sector metalúrgico de Turín, que es donde dirige fundamentalmente su mirada, Amadeo Bordiga, mucho más es-



Antonio Gramsci.

quemático y atento a las organizaciones obreras de la URSS, que cree poder imitar sin más en su propio país, no reconoce a los consejos de fábrica más funciones que las de control económico-productivo y niega que aquéllos puedan transformarse en un momento dado en órganos para la conquista del poder político. Esta última función compete, según él, a los soviets propiamente dichos, organismos políticos de carácter estatal que no son elegidos directamente por los comités de fábrica. Bordiga sólo admite que puedan votar los miembros de la

clase proletaria, pero éstos deben hacerlos, no en la fábrica, sino en sus respectivas circunscripciones como cualquier ciudadano en un régimen liberal burgués. Bordiga concede además la máxima importancia al papel del partido comunista como motor del proceso revolucionario (un soviético es, según él, tanto más revolucionario cuanto más militantes del partido lo integran), y señala en cambio las tentaciones reformistas a las que están siempre expuestos los consejos obreros.

Todo lo contrario de Antonio Gramsci, quien ve en los comités de fábrica "la misma conciencia de la masa obrera que quiere afirmar su libertad de iniciativa en la creación de la historia". En el consejo obrero queda definitivamente superada la tradicional dualidad "poder político-poder económico". Los órganos legisladores y ejecutivos de la nueva democracia radicarán en el lugar mismo de trabajo. Las circunscripciones electorales serán sustituidas por unidades de trabajo: fábrica, taller, campo. Pues, como dice Radek, "la fábrica está unida con mil vínculos a otras fábricas. Así, a través de una tupida red de fábricas, fundamento de toda la vida económica del país, se superará definitivamente el Estado de los ciudadanos —creación claramente burguesa— para llegar al Estado de los productores. De la democracia burguesa se pasará, pues, a la democracia industrial o, como dice el propio Gramsci, "al autogobierno de las masas obreras".

Para el director de "L'Ordine Nuovo", el mayor problema estribaba, sin embargo, en la articulación entre sindicato y consejo. Si el comité de fábrica se subordina hasta convertirse en apéndice del sindicato, cuya misión consiste básicamente en establecer compromisos entre el capital y el trabajo, perderá inmediatamente su espontaneidad revolucionaria y su capacidad de ofensiva. Si, por el contrario, el sindicato se convierte en algo así como una forma superior de los consejos de fábrica, perderá su fuerza de disciplina y su capacidad negociadora.

La única salida para Gramsci es que, eliminada toda dependencia jerárquica entre ambos, el sindicato se transforme en un organismo para la preparación revolucionaria, una escuela de disciplina capaz de transformar en "conciencia y creación revolucionaria" unos impulsos anárquicamente rebeldes.

(1) Ana M. Pankratova. Los consejos de fábrica en la Rusia de 1917. Cuadernos Anagrama. Traducción de Joaquín Jordá.

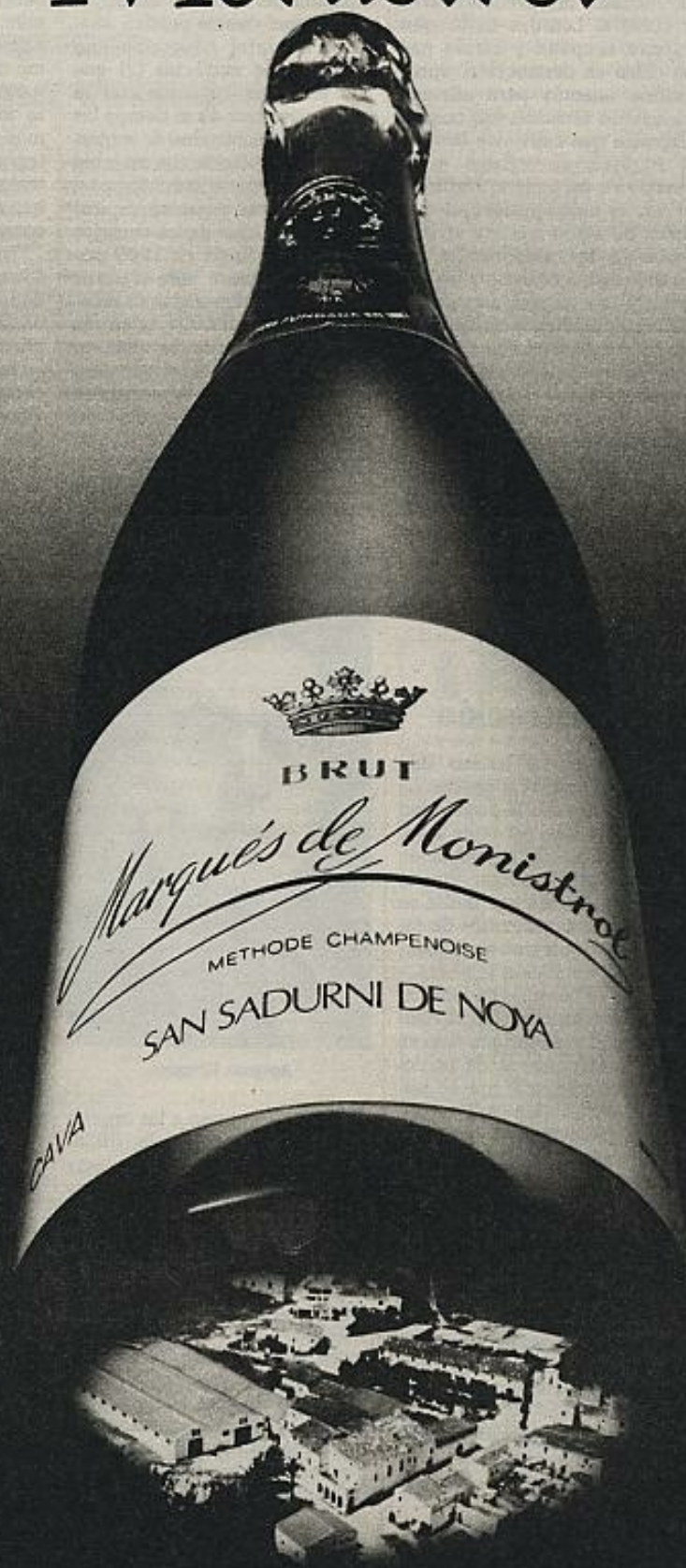
(2) Debate sobre los consejos de fábrica. Traducción y prólogo de Francisco Fernández Buey. Anagrama.



VINOS Y CAVAS

Marqués de Monistrol

ITRCSA



Desde 1882 el trabajo de todo un pueblo.

Todo eso en cuanto a teoría; en la práctica, no tuvieron más suerte que los comités de fábrica rusos los consejos obreros de Turín: si aquéllos fueron finalmente reducidos por el centralismo burocrático y el aparato de Estado de la URSS, los segundos sucumbirían ante la contraofensiva de los empresarios en 1920. Un año después se crearía el PCI. Como señala F. Fernández Buey en su excelente prólogo al libro que comentamos, la insistencia de Bordiga en el aparato político-organizativo fue lo que, en el difícil momento de la derrota obrera, le permitió unir y dirigir a los revolucionarios dispuestos a crear un nuevo partido. La eficacia de Bordiga se impuso a la creatividad de Gramsci. Sólo ahora empezamos a comprender cuánto se perdió a cambio. ■ JOAQUIN RABAGO

Empresarios y Mercado Común

Euroforum dio su campanada en junio de este año, cuando el Gobierno Arias daba sus últimas bocanadas: lo que se dijo en la reunión entre empresarios y representantes de las centrales sindicales —UGT, USO y Comisiones Obreras—, la primera reunión formal de este tipo en los últimos cuarenta años, llenó las páginas de los periódicos y revistas y sirvió de argumentación en muchos conciliábulos políticos. Pero este encuentro no era sino el segundo de una serie programada por Euroforum, serie que conserva, aun cuando en sus últimos pasos haya perdido un tanto de intensidad, una coherencia interna. El primer jalón de este proceso, las conversaciones sobre la reforma de la empresa en la perspectiva del Mercado Común, se publican hoy en una obra, "Reforma empresarial y Mercado Común" (1), que recoge puntualmente todos los debates del encuentro.

Estamos, pues, ante otro más de esos numerosos "libros-taquigráficos", tan usuales en los últimos tiempos. Libros que, a pesar de los retoques de estilo a los que normalmente se someten, tienen consigo todas las limitaciones del lenguaje habla-



Francisco Fernández Ordóñez.

do. Es una servidumbre secundaria que, sin embargo, resta una cierta intensidad a los temas tratados.

Olivier Giscard d'Estaing —hermano del actual Presidente de Francia—, Nemesio Fernández-Cuesta, Francisco Fernández Ordóñez, Sicco Mansholt, Ramón Tamames y el profesor Grassini fueron los ponentes de los primeros encuentros organizados por Euroforum. Empresarios, dirigentes de empresa y economistas constituían el público asistente, reducido atendiendo a los criterios de la organización: Mario Caprile —presidente de Femsas—, Jaime Fonrodona Salas, Antonio Garrigues Walker, Eduardo Merigó, Luis Larroque, Lorenzo Zabala, Julio Alcaide, Agustín Rodríguez Sahagún intervinieron en repetidas ocasiones a lo largo de las tres sesiones que ocupó el encuentro.

En la primera de ellas, mantenida bajo el epígrafe general de "La reforma de la empresa", la ponencia principal corrió a cargo del señor Giscard d'Estaing, que cantó las excelencias del Plan Sudreau para la reforma de la empresa en Francia. Nemesio Fernández-Cuesta —ex ministro de Comercio y alto cargo de Prensa Española, S. A.— fue el encargado de poner el contrapunto de la perspectiva española respecto al problema. "España y la CEE" fue el segundo epígrafe del encuentro, y el profesor Grassini, un experto italiano en temas industriales que sustitula al monstruo sagrado de la derecha italiana, a Guido Carli ex gobernador del Banco de Italia, fue el encargado de presentar los beneficios y perjuicios que la integración en el Mercado Común había supuesto para un país como Italia, cuyas condiciones económicas de partida pue-

den asimilarse en cierta medida a las españolas. Tamames polemizó con él, analizando las ventajas y perjuicios que para España supondría dicha integración.

"Condiciones políticas y sociales en Europa" fue el tercer tema que sirvió al ponente, Sicco Mansholt, para hacer una profecía sobre el mundo que nos tocará vivir en los próximos años. Francisco Fernández Ordóñez, tras preguntarse dónde está España en este cuadro, hizo un repaso realista a la situación económica, social y política de nuestro país, planteando la necesidad de un avance sustancial en casi todos los terrenos, so pena de quedarnos descolgados del importante proceso de cambio que los países desarrollados de Occidente tienen necesariamente que iniciar para salvar la crisis de contenidos que en estos momentos atraviesan, en la línea de lo definido por Sicco Mansholt.

"A partir de 1970, el Mercado Común ya no es un paraiso", diría Tamames, parafraseando la intervención del profesor Grassini, "pero la integración de España en la Comunidad Económica Europea es inevitable, porque es casi axiomática". El propio profesor italiano contestaría a algunas de las dudas planteadas por empresarios españoles sobre los beneficios que la democracia puede reportar a la economía con unas palabras que encajarían, desde otro punto de vista, en lo anterior: "La democracia no es la Inmaculada Concepción", y recordó a un poeta latino: "Sin ti vivir no puedo, pero no puedo vivir ni contigo ni sin ti, ni contigo ni sin ti tienen mis penas remedio".

Las incoherencias, los enormes espacios vacíos de esas palabras, que más que una utilización burda de la poesía reflejan en buena parte la ideología de la derecha europea respecto a las propias necesidades de cambio en el interior de la Comunidad, son, sin embargo, reales en el pensamiento y en las dudas de una buena parte de la derecha empresarial española. Dudas que se acrecientan en las actuales condiciones de crisis económica profunda que España conoce. El empresario tiene un reto ante sí mismo y algo mucho más grave: una buena parte de la responsabilidad colectiva de toda la nación es el inevitable empeño de construir una democracia lo antes posible, con el fin de cortar la sangría de costes sociales que supone la actual situación.

En este sentido, y como remate de otro conglomerado de posturas que tuvieron un hilo de coherencia en el encuentro Euroforum, valgan las palabras de Francisco Fernández Ordóñez: "Quizá sea suficiente saber que nuestro destino nos pertenece, que, como en Sísifo, ese esfuerzo mismo para llegar a la cumbre basta para llenar el corazón de un hombre". Y no es que Fernández Ordóñez sea un exponente típico de esa derecha empresarial: sus constantes llamamientos a la necesidad de cambios cualitativos así lo demuestran. Pero la democracia no es el mito de Sísifo. ■ CARLOS ELORDI.

"¿Cristianos hoy?"

En este libro (1) que se dirige principalmente a los cristianos de práctica y de fe, y también a aquellos otros para quienes el interés por el cristianismo sigue contando en sus vidas. Es un libro serio, resumido, bien escrito y que conserva la suficiente profundidad como para ser leído por quien tiene un sentido crítico agudo, estén donde estén sus creencias.

Su estilo es intermedio entre la reflexión objetiva y la creencia personal. Participa de estas dos actitudes en forma coherente, de tal modo que podría ser una nueva postura teológica en la cual se ha superado en gran medida concebir la teología como una ciencia abstracta que desvirtuaba fundamentalmente el sentido vital de la fe.

El autor, que dirige el moderno *Instituto Fe y Secularidad*, está preocupado por los problemas específicos de hoy y pretende en este libro ver y hacer ver, si lo cristiano responde a estos problemas actuales o se debate en las altas cumbres difusas de las nubes.

La primera mitad del libro, que corresponde a los capítulos I al IV tiene una definida profundidad, sin demérito de la claridad. Y en no raras ocasiones posee una originalidad respecto a lo que se puede leer en libros análogos, que pretenden exponer como éste lo básico del cristianismo al mundo de hoy tras un análisis de la realidad del mundo presente.

Empieza por hablar del tema de la "secularización" dejando las cosas claras en este asunto

(1) José Gómez Caffarena: *¿Cristianos hoy?* Editorial Cristiandad, Madrid, 1976.

(1) Reforma empresarial y Mercado Común. Editorial Avance.